

PSICOANÁLISIS

LA DIMENSIÓN HISTÓRICA DEL AFECTO EN LA OBRA DE FREUD

(Rev GPU 2015; 11; 2: 191-198)

Andrés Rojas¹, Margarita Larraín², Jaime Yasky³, Javiera Garrido⁴, Liliana Messina⁵

Este trabajo es el resultado del esfuerzo conjunto del equipo de psicosomática del Programa de Psicoanálisis de Facso, que investigó acerca del estatuto del afecto a lo largo de la obra de Freud revisando para ello una parte importante de los textos freudianos. Para la construcción de este artículo se tomaron todos los textos hasta La Interpretación de los sueños. Se discute la importancia del afecto desde lo teórico, en su dimensión económica, y en el trabajo clínico a través de la revisión de un caso analizado por Freud, Miss Lucy, donde el trabajo analítico pone especial énfasis en la trama afectiva y su entrelazamiento con la sintomatología de una manera bastante significativa. El trabajo se cierra con la discusión sobre la posibilidad o imposibilidad de suponer a los afectos un estado inconsciente, problema frente al cual Freud mostró una postura poco definida que intentamos aclarar. Y la importancia de la implicación en la dimensión histórica de cada caso para dar espacio a la particularidad de esos afectos

¹ Psicólogo clínico UC y candidato a magíster en psicología clínica mención Psicoanálisis ICHPA-UAI. Psicólogo clínico en consulta particular y en el Cosam Quinta Normal en el Programa de rehabilitación de alcohol y drogas.

² Psicóloga clínica UC, a cargo del programa psicosocial en Unidad de Patología Mamaria del Centro de Referencia de Salud Cordillera Oriente (CRSCO). Diplomado Estructuras Psicosomáticas y Anorexia, ICHPA.

³ PhD U. de Queensland, psicólogo clínico y supervisor clínico acreditado por CONAPC, docente U. Santo Tomás. Miembro Unidad de Psicosomática, Centro de Salud Mental, Centro Médico San Joaquín UC – Christus.

⁴ Psicóloga U. Católica. Magister (c) Clínico con mención en Psicoanálisis ICHPA. Docente de la Facultad de Medicina Occidente, U. de Chile

⁵ Psicóloga clínica U. Chile. Estudiante Doctorado en Psicología U. de Chile y Coordinadora de la Unidad de Psicosomática, Caps, U. Chile.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo se centra en el concepto de afecto en la obra de Freud y en algunas formas en que esta noción aparece y adquiere rendimiento. Empleamos esta palabra, “rendimiento”, porque el afecto opera frecuentemente sin una definición precisa en su obra. Esto exige que el estudio deba hacerse de manera inferencial desde el uso específico que Freud le confiere en cada uno de sus textos, y no únicamente desde ideas que le anteceden o que le sean contemporáneas.

Como heredero de su época, Freud toma de Darwin (1872/1998) el concepto de expresión emocional, pero dándole a nuestro parecer mayor profundidad. Para Darwin la expresión emocional consistía en operaciones filogenéticas provistas de sentido y acordes a un fin; el miedo, el amor y otros afectos de nuestro cotidiano estarían ligados a la historia evolutiva de la especie en su lucha por sobrevivir. Y aun cuando la carga filogenética juega un rol en el concepto de afectividad usado por Freud, la aproximación darwiniana minimiza el peso de la historia individual a la hora de explicar el padecimiento afectivo. Freud, por su parte, si bien incluye la reacción de descarga motriz y su sensación correspondiente, en principio placentera o displacentera, y esto es común a toda la especie, el afecto además incluye una percepción individual de él con una tonalidad particular dada por la representación investida por el afecto.

Por otro lado, y para agregar otra dificultad al estudio del afecto, dentro de la misma obra de Freud este es transformado constantemente por otros conceptos en la medida que se vuelve operativo con ellos. Con esto queremos decir que su fundamento conceptual es permeable al lugar específico en que emerge, sin que por ello su rol se vuelva secundario o residual. Esto le da al afecto una complejidad teórica difícil de resolver, pues, por mucho que vaya cambiando conforme al desarrollo de la teoría, sigue ocupando un lugar privilegiado. Es por todo lo anterior que resolver su definición no es algo que haremos aquí; lo que nos interesa antes que nada es levantar problemas que suponemos subyacentes al desarrollo del concepto, problemas que pudieran ayudarnos más tarde a repensar su operatividad no solo en la teoría sino que también en nuestra práctica clínica. En una palabra, y para resumir lo dicho hasta ahora, el afecto es un concepto esquivo y abierto a la especulación en los albores del psicoanálisis. Muda, se desplaza y padece las transformaciones teóricas en las cuales se inscribe. Y si queremos detenernos en su especificidad desde una investigación teórica, tendremos que dar cuenta primero de algunas condiciones metodológicas con que se demarca nuestro esfuerzo investigativo.

METODOLOGÍA, RELEVANCIA Y DELIMITACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO

Hemos establecido dos condiciones fundamentales. En primer lugar hablaremos de los afectos en general antes de tratarlos por separado; con esta exigencia intentamos observar el pathos freudiano de manera global y puesto en relación con otros procesos psíquicos. La angustia, el amor, la vergüenza, entre otros, pueden ofrecer líneas separadas de trabajo que quedarán pendientes. En segundo lugar, esta presentación tendrá como foco los primeros escritos de Freud hasta la *Interpretación de los sueños*. Si bien haremos algunas alusiones a textos posteriores, hemos tomado esta medida por razones prácticas y otras relativas a nuestro objeto de estudio: en este primer periodo el afecto freudiano todavía no se mezcla con la pulsión, y las nociones “monto de afecto”, “monto pulsional” o “suma de excitación”, que muchas veces se usan como sinónimos para ambos conceptos.

Pensamos que la relevancia de una investigación teórica de este tipo se desprende del interés por lo “afectivo” en la comprensión de los distintos cuadros psicopatológicos de nuestra práctica clínica, como los trastornos del ánimo y ansiedad, las adicciones, las neurosis traumáticas, y en especial las afecciones psicósomáticas. La vigencia de conceptos tales como el de alexitimia (Sifneos, 1973) y el de regulación afectiva (Taylor, Bagby y Parker, 1997) reflejan la importancia que los afectos tienen para la comprensión y tratamiento de estas y otras patologías. Sin embargo, ¿qué son los afectos desde una perspectiva psicoanalítica? Nuestro parecer es que los desarrollos contemporáneos que tratan acerca de estas perturbaciones muchas veces omiten la pregunta básica acerca de la naturaleza de los afectos. Pretendemos aportar entonces a esta discusión a través de una revisión y análisis de la noción de afecto en la obra freudiana, cuerpo teórico que tradicionalmente ha nutrido la comprensión de estos y otros cuadros psicopatológicos.

Inscribiéndose en el ámbito de la investigación teórica, este trabajo es fruto de un esfuerzo colectivo y sistemático del grupo de autores. Habiendo consultado a expertos en Freud para confeccionar un listado de escritos claves respecto al tema, el grupo se abocó durante un año a la revisión y análisis de los textos correspondientes a un primer periodo de la obra freudiana (desde sus inicios hasta 1900). Los textos fueron revisados individualmente y discutidos semanalmente de forma grupal, fruto de lo cual se elaboraron resúmenes de cada texto y un resumen general del periodo revisado, conteniendo las ideas centrales referidas a los afectos. En base a tales resúmenes, en un segundo momento el

grupo se abocó al análisis de las problemáticas teóricas subyacentes a estos textos, proponiendo hipótesis interpretativas de las principales problemáticas identificadas durante el periodo referido. En este artículo se presenta la síntesis de una de estas problemáticas.

DESARROLLO

El título del escrito alude a una de las hipótesis de lectura identificadas durante nuestro trabajo de investigación: la dimensión histórica del fenómeno afectivo presente en la obra de Freud. Esta hipótesis surge en contraposición a la noción preponderante de la dimensión consciente y sensitiva de la afectividad, llevando a un extremo la idea clásica de Freud de que no habría “sentimientos inconscientes”. Con decir esto nos topamos con el siguiente problema: ¿cómo hablar del afecto más allá de la conciencia si para Freud (1915/1991), en palabras del texto, “el hecho de que un sentimiento sea sentido, y, por lo tanto, que la conciencia tenga noticia de él, es inherente a su esencia (Freud, 1991 vol. 14, p. 173)”? Esperamos discutir este punto en el desarrollo de este artículo.

Desde sus primeros escritos vemos que para Freud el afecto tiende, por sobre todo, a la descarga; y para resolver esto la expresión corporal se muestra como una salida privilegiada. Esta relación con la descarga obedece a una dimensión económica visible en el *Proyecto de psicología para neurólogos* (Freud, 1950/1991), como en otros modelos metafóricos del aparato psíquico. En todos estos modelos las consideraciones físico-energéticas del aparato obedecen a un Principio de Constancia. La cuestión fundamental de este principio es dar libre curso a una suma de excitación que se ha vuelto displacentera. El afecto, ya sea concebido como cantidad, estado, toxina o vivencia, ante todo es tratado como una excitación del aparato que debe ser tramitada; y así entonces el aparato psíquico, que no puede ser indiferente ante el estímulo que padece, es llevado a reaccionar para deshacerse de él especialmente a través de la inervación corporal. Es en este desarrollo final del proceso, en que el estímulo se ha vuelto sensible a través de la expresión somática, que la conciencia entra en juego y el aparato es capaz de dar cuenta del afecto que padece. Desde este punto de vista económico todo dependerá entonces de la inervación corporal: la tristeza será advertida cuando aparezca el llanto, la angustia cuando se eleve la frecuencia cardíaca, comience la sensación de ahogo, mareo y náusea, etc.

Ahora bien, esta aproximación económica se complejiza prontamente en la obra de Freud (1893-1895/1991) desde los *Estudios sobre la histeria*. El afecto

se vuelve un estímulo que no siempre logra ser descargado, y que, amortiguando su curso natural en el cuerpo, es capaz de demorar su expresión sensible. Esto implica que el afecto puede conservarse en el psiquismo siempre que se ha intervenido su camino hacia la expresión corporal, y si esto llega a ocurrir es por lo que en palabras del texto se designa sofocación:

Si la reacción es sofocada, el afecto permanece conectado con el recuerdo. Un ultraje devuelto, aunque solo sea de palabra, es recordado de otro modo que un ultraje que fue preciso tragarse. El lenguaje reconoce también ese distingo en las consecuencias psíquicas y corporales, y de manera en extremo característica designa «mortificación» al sufrimiento tolerado en silencio (p. 34).

El afecto se sofoca, su curso se altera y la reacción que le era adecuada se posterga. Si bien esto sigue dentro de un plano económico, pues hasta este punto hemos hablado únicamente de energía en movimiento o en reposo, en su liberación o en su descarga, la apuesta freudiana se anticipa y genera otro plano de análisis, otro registro en el cual el afecto empieza a operar. El retardo en la expresión somática implica que el afecto no descargado se ha conservado en alguna parte. La falta de una reacción adecuada en el momento traumático no significa entonces que el afecto ha dejado de operar en el psiquismo, pues es precisamente por eso que cobra una existencia independiente de su expresión corporal. Hay un salto, un quiebre entre la energía psíquica y el cuerpo que la padece. Ambas formas no están ligadas necesariamente, y si el afecto no se ha expresado a través del cuerpo esto no significa que no seguirá participando, ya desde otro lugar o con otras formas. He ahí lo radical de la apuesta freudiana: el afecto sigue operando pese a que no se exprese directamente en el cuerpo.

Ahora bien, tenemos todo el derecho de preguntarle a Freud sobre el carácter que toma el afecto luego de ser conservado, y cómo participa en temáticas relacionadas a la memoria y a la historia. Este problema no es fácil de resolver principalmente por un punto que ya dijimos: la exteriorización última de los afectos se da para Freud en un nivel sensorial y se vuelve observable solo en la inervación corporal. Si intentamos concretizar esta reflexión en nuestra práctica clínica podemos preguntarnos qué ocurre antes de que nuestros pacientes se emocionen en sesión. ¿Qué lugar tenía el afecto antes de que fuese visible con el llanto, la rabia o incluso el amor transferencial?

Un primer planteamiento es que la conservación del afecto no puede pensarse de manera estática en la

memoria. El vínculo entre un recuerdo y su afecto asociado, o entre afectos y representaciones en el sentido amplio, es tan móvil y plástico como el vínculo entre el afecto y su expresión somática. En las *Neuropsicosis de defensa*, Freud (1894/1991) reflexiona sobre este punto: el lugar del afecto en el registro inconsciente para el campo de la psicopatología:

En las funciones psíquicas cabe distinguir algo (monto de afecto, suma de excitación) que tiene todas las propiedades de una cantidad –aunque no poseamos medio alguno para medirla–; algo que es susceptible de aumento, disminución, desplazamiento y descarga y se difunde por las huellas mnémicas de las representaciones como lo haría una carga eléctrica por la superficie de los cuerpos (p. 61).

La dimensión económica del afecto, como una carga energética o como un *quantum* indeterminado, vuelve sumamente difícil una caracterización unívoca y estable de los afectos antes de que participen en el plano de la sensibilidad. Una vez conservado, el afecto se desplazará de sus representaciones de origen a aquellas que se vuelvan más compatibles con el ocurrir consciente, dando paso a producciones desfiguradas como los recuerdos encubridores y los síntomas neuróticos, entre otros. Esto es fundamental. El abandono de la teoría catártica por la técnica propiamente psicoanalítica es simultáneo a la idea de que los afectos se conservan de manera inespecífica en el inconsciente. En concreto, esto significa que el tratamiento psicoanalítico ya no buscará abreaccionar la misma inervación corporal que en el momento traumático fue postergada; y abandonará este propósito porque ya no será posible diferenciar un suceso traumático de una fantasía de seducción en la etiología de las grandes neurosis. La desfiguración constante de la historia individual ya no necesitará de un origen específico, se abrirá un campo de sobredeterminación, y esto se dará paralelamente a la concepción de que un afecto puede asociarse libremente entre distintos contenidos representacionales.

Pero si ya no es de una manera exclusivamente representacional, la pregunta por cómo se conservan los afectos en lo inconsciente sigue insistiendo. En *La interpretación de los sueños* Freud (1900/1991) dará un paso decisivo en esta materia que confronta la dimensión económica, de la que hemos estado hablando, con una dimensión dinámica. En el acápite H del capítulo VI, titulado Los afectos en el sueño, Freud plantea que los afectos son conservados de manera incólume e intacta luego de la desfiguración onírica. A diferencia del con-

tenido representacional, que sufre desplazamientos y sustituciones luego de este proceso, el afecto mantiene, ante todo, su intensidad y su valor energético. Haciendo un símil de este proceso con las psiconeurosis, Freud plantea en el texto lo siguiente:

Cuando el histérico se asombra de que una pequeñez le haya provocado tanto miedo, y lo mismo hace el que padece de ideas obsesivas por la nadería que engendró en él reproches tan penosos, ambos se equivocan, pues toman el contenido de representación –la pequeñez o la nadería– por lo esencial, y es en vano que quieran defenderse haciendo de ese contenido el punto de partida de su trabajo de pensamiento. Entonces, el psicoanálisis les muestra el camino correcto; al contrario de ellos, reconoce justificado al afecto y pesquisa la representación que le corresponde, reprimida mediante sustitución. La premisa es que el desprendimiento de afecto y el contenido de representación no formen esa unidad orgánica que estamos habituados a atribuirles, sino que ambas piezas puedan estar corridas una respecto a la otra (p. 459).

Decimos que aquí hay un paso a una concepción dinámica de los afectos porque si estos se han asociado a representaciones sustitutivas tiene que haber una dimensión conflictiva en la base de su movimiento. El afecto ya no buscará una simple descarga en la expresión somática. Antes bien, podrá conservar su intensidad en una dimensión inconsciente, y demarcará, con ello, los rastros de un conflicto psíquico arraigado históricamente.

Apelamos a un carácter histórico de este conflicto porque en textos posteriores el carácter dinámico de los afectos se topará directamente con el problema de la repetición. Tanto en 1917 con la 25ª Conferencia de introducción al psicoanálisis, titulada *La angustia* (Freud, 1917/1991) como en 1926 con *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926/1991), Freud llega a señalar que los afectos son productos siempre mediados por una dimensión histórica, ya que en cada expresión emocional persistirá “la repetición de una determinada vivencia significativa” (1917/1991, p. 360). En el último texto señalado Freud (1926/1991) establece lo siguiente:

Los estados afectivos están incorporados en la vida anímica como unas sedimentaciones de antiquísimas vivencias traumáticas y, en situaciones parecidas, despiertan como unos símbolos mnémicos (p. 89).

Desde este punto llega, en ambos textos, a comparar los afectos con el caso específico de los ataques histéricos y con cómo estos, de manera desfigurada, señalan una vivencia traumática que ha comenzado a repetirse en la inervación corporal.

RELECTURA DE CASO: LA PROBLEMÁTICA AFECTIVA DE MISS LUCY

Hasta el momento hemos planteado una propuesta teórica sobre cómo ir pensando el posible estatuto histórico del afecto. No obstante, se vuelve necesario también pensar su operatividad en la práctica, ya que es ahí, en el quehacer clínico, donde probablemente surge la evidencia que moldea la noción del afecto que se expresa en los textos de carácter teórico. Conforme transcurre la práctica clínica freudiana, vemos cómo se inscriben cambios en su teoría y por tanto también en su técnica. Inicialmente vemos un modelo físico-energético desarrollado desde *Proyecto de Psicología para Neurólogos* (Freud, 1895). Esta concepción teórica es acompañada de un método catártico donde lo central es la necesidad de la descarga energética del organismo a través de la palabra. Ya en casos como los de Anna O. y Emmy von N., vemos cómo en los estados hipnoides del paciente se busca la expresión verbal para revivir el afecto de una situación traumática en particular. Así, se reproducirían los procesos psíquicos de dicho momento, permitiendo abreaccionar los afectos penosos estancados y de esta forma remover su efecto patógeno. Luego, vemos cómo este método es lentamente abandonado, pasando por periodos en que coexiste con las técnicas del psicoanálisis propiamente tales como la escucha parejamente flotante y la asociación libre. Se concibe además que lo traumático sea un excesivo monto afectivo, sin terminar de esclarecer su causalidad.

Para desplegar la relación entre teoría y práctica nos parece atingente tomar a modo de ejemplo un caso expuesto por Freud en *Estudios sobre la Histeria* (Freud, 1893-95). Específicamente, utilizaremos el caso de Miss Lucy ya que permite entrever un punto de encuentro entre distintos momentos teóricos. Es decir coexiste una visión económica por un lado y la introducción de concepciones dinámicas. Particularmente relevante es también la marcada conflictiva afectiva que se desarrolla a lo largo del caso.

Recordemos que Miss Lucy, de 30 años, es una mujer que le es derivada a Freud a fines de 1892 porque padece “una rinitis infecciosa de recurrencia crónica” y “había perdido por completo la percepción olfativa, y una o dos sensaciones olfatorias que sentía muy penosas la perseguían casi de continuo” (p. 124).

Inicialmente, Freud mantiene la postura de un evento traumático como origen de tales síntomas:

La desazón era acaso el afecto correspondiente al trauma, y debía de ser posible hallar una vivencia en la cual estos olores, ahora devenidos subjetivos, hubieran sido objetivos; esa vivencia tenía que ser el trauma, y las sensaciones olfatorias se repetirían como un símbolo de él en el recuerdo (p. 124).

Llama particularmente la atención el lugar que Freud le otorga no solo al trauma, sino que también al afecto, en este caso la desazón. Estas sensaciones olfatorias que se repiten simbolizan el trauma, pero es el afecto lo que posibilitaría la facilitación somática de los síntomas. La sensación olfatoria recurrente es la de pastelillos quemados, lo que lleva a Freud a “suponer, entonces, que en la vivencia de eficacia traumática realmente había intervenido el olor de pastelillos quemados” (p. 125). Al preguntarle a Miss Lucy por la ocasión en que se había generado por primera vez esta sensación olfatoria, ella indica que dos días antes de su cumpleaños estaba jugando a cocinar con las dos niñas a quienes cuidaba. En ese momento el cartero trajo una carta para ella, la cual sospechaba que era de parte de su madre. Las niñas le arrebataban la carta diciendo que como debe ser una carta de cumpleaños no puede leerla aún y serían ellas quienes la guardarían. Entonces, Miss Lucy describe:

Mientras las niñas jugaban así conmigo, se difundió de pronto un intenso olor. Las niñas habían abandonado los pastelillos que cocinaban, y se habían quemado. Desde entonces me persigue ese olor, en verdad está siempre ahí y se vuelve más fuerte cuando estoy emocionada (p. 131).

Pasa a relatar luego que aquello que la emocionó no era solo la ternura que demostraban las niñas, sino que a esto se sumaba lo que le provocó la carta de su madre. Recuerda que tiene el propósito de viajar a visitar a su madre, y le pesa abandonar a las niñas. ¿Por qué abandono? –se pregunta Freud. Porque dado los problemas que tiene al relacionarse con otras trabajadoras de la casa (el ama de llaves, la cocinera y la institutriz), decide presentar su renuncia. Ya la había presentado una vez y el padre de las niñas le pidió reconsiderar su decisión. Esta situación la perturba bastante, ya que no solo la ataba la ternura de las niñas, sino que además:

Había prometido en su lecho de muerte a la madre de ellas, que era parienta lejana de la mía, ocuparme con todas mis fuerzas de las pequeñas,

no abandonarlas, y sustituirles la madre. De haber dado preaviso habría roto esa promesa (p. 132).

Ahora bien, la sensación olfatoria subjetiva sí tiene un origen objetivo, una vivencia en particular en donde efectivamente sí había olor a pastelillos quemados. Entonces ¿qué es lo traumático de esta escena? La respuesta que Freud da a ello no es la de grandes montos afectivos. Ya no hablamos solo de afectos que se miden en términos de un quantum energético, de más o menos energía. En este caso lo que resalta es el carácter conflictivo que tomaron los afectos en dicha situación. Sin embargo, esto no implica necesariamente un abandono del factor económico: sí se presentaron grandes montos de energía, pero esto coexiste con una concepción dinámica sobre el afecto. Freud describe entonces que es en dicha escena

en que libraron batalla encontrados afectos: la lástima por abandonar a las niñas y las afrentas que empero la empujaban a tomar esa decisión [la de renunciar]. Es comprensible que la carta de la madre, puesto que ella pensaba irse de aquí a casa de su madre, le recordara los motivos de esta decisión. El conflicto de los afectos había elevado ese factor a la condición de trauma, y como símbolo de este permaneció la sensación olfatoria que se había conectado con él (p. 132)

A diferencia de las teorías previas de Freud, no hay aquí una reacción predeterminada por la especie. En este caso la fisiología del síntoma no explica la complejidad emocional que Freud le da. Hasta cierto punto, tiene relación evidente con la fisiología al existir un catarro previo como facilitación somática. No obstante, la persistencia del síntoma olfativo supera y sobrepasa esta explicación. Es crucial destacar que no hay un afecto buscando la expresión como mera descarga, sino que un afecto que se mantiene en movimiento a nivel inconsciente y cuya conservación no puede ser atribuida de manera estable a un complejo representacional o a un suceso traumático.

En el caso de Miss Lucy no necesitamos remitirnos a un origen específico, a una representación inconciliable particular o a un monto afectivo como traumático. Basta con que entren en conflicto la lástima por dejar a las niñas que tiene a su cargo y las dificultades laborales que la llevan a la decisión de renunciar. No hay una sola causa para el padecimiento de Miss Lucy, y esta sobredeterminación permite justamente que el afecto se asocie con diversos contenidos representacionales.

Hecha esta consideración, los afectos en Miss Lucy entrarían en conflicto, lo que los lleva a moverse y desplazarse. Específicamente, el mismo síntoma cambia y se desplaza de una representación a otra:

Cuando volví a preguntarle otra vez por el olor a pastelillos quemados, me anoticié de que había desaparecido por completo, solo que en su reemplazo la torturaba otro olor similar, como de humo de cigarro. Le parecía que este ya había estado ahí desde antes, pero como cubierto por el olor de los pastelillos. Me dijo que ahora había surgido puro (p.135).

De esta forma, un síntoma se reemplaza fácilmente por otro, sin la posibilidad de dilucidar su origen que pareciera siempre estar desplazado respecto de sí mismo. La repetición opera desfigurando el pasado en el presente: de pastelillos quemados a humo de tabaco, sin saber si el humo es quizás también otra cosa. Vemos así que el símbolo mnémico de los pastelillos quemados que unificarían los afectos encontrados a modo de síntoma es una unión que no tiene un sentido asociado a la base, sino que un conflicto. El síntoma olfativo de los pastelillos quemados o el del humo de tabaco no apunta a representaciones concretas, sino a afectos encontrados. En tanto los afectos de Lucy comienzan a asociarse al síntoma olfativo, no puede identificarse la etiología del afecto. Así, en el desarrollo que Freud hace del caso, se está hablando de un registro histórico en donde lo dinámico y conflictivo se encuentra con lo móvil y económico. Por tanto, en la práctica clínica, la atención se desvía del origen traumático y es el afecto el que cobra un sentido fundamental, pues al conservarse su intensidad, aparece indicando huellas de un conflicto psíquico que se arraigó históricamente.

DISCUSIÓN

A modo de conclusión queremos enfatizar que el afecto para Freud ocupa múltiples dimensiones en la vida anímica. Si bien al comienzo la dimensión económica situaba los afectos únicamente en el plano de la sensibilidad, la inervación corporal y la percepción consciente, es necesario establecer que con el desarrollo de su teoría esta dimensión se complejiza una vez que incorpora una concepción dinámica del acontecer psíquico. Estas dos dimensiones convergen más temprano que tarde, y prescriben un estatuto histórico que constituye un aporte fundamental de la obra freudiana para la comprensión general de los afectos.

Destacar el factor histórico parece central ya que el rol del afecto se ha visto subestimado en la constitución del psiquismo para el psicoanálisis. La afectividad ha tendido a relacionarse únicamente con cuestiones relativas a la conciencia, al yo o a una psicología de carácter general. Nuestro parecer es que se ha llevado a un extremo la idea clásica de que para Freud no habría “sentimientos inconscientes”. En su texto *Lo inconsciente*, diremos que Freud (1915/1991) no concluye que esto sea una imposibilidad, sino que le otorga una diferencia de registro o, en palabras menos cargadas, una diferenciación de cómo el afecto se presenta para el sujeto que lo padece. El problema está en cómo se exterioriza el afecto, es decir, de qué manera y para qué sistema (Cc o lcc), su participación se hace evidente:

Dentro del sistema inconsciente muy bien puede haber formaciones de afecto que, al igual que otras, devengan conscientes. Toda la diferencia estriba en que las representaciones son investiduras –en el fondo, de huellas mnémicas–, mientras que los afectos y sentimientos corresponden a procesos de descarga cuyas exteriorizaciones últimas se perciben como sensaciones (p. 174).

La lectura de que no hay “sentimientos inconscientes” plantea desde aquí que si las sensaciones son la última exteriorización de los afectos, el sistema en el cual estos participan no puede ser otro que la conciencia. Pero, ¿por qué no podemos decir que el afecto opera igualmente en un registro inconsciente antes de hacerse sensible? La aparición sensible del afecto será un registro final, pero ¿es por eso el único? Levantando estos problemas, a fin de cuentas, postulamos que la operatividad del afecto en el psiquismo no se reduce al nivel consciente y sus relaciones con la sensibilidad.

Esto tiene consecuencias determinantes en la práctica clínica. La afectividad situada en diversos registros a la vez y teniendo múltiples formas de presentación, jamás ha sido arbitraria para el psicoanálisis. Y una aproximación a la constitución histórica del afecto puede volverse un campo fecundo para nuestra forma de concebir la clínica en general.

En este sentido, queremos enfatizar que una propuesta histórica implica, en la situación analítica, poner al paciente como actor de la trama, donde el afecto es un emergente privilegiado para la labor de reconstruir los hechos de una historia con mirada subjetivante y dando cuenta de la secuencia de mutaciones que puedan haber sufrido los afectos a través del paso del tiempo.

Siguiendo a Freud y a las reflexiones antedichas, podemos plantear que incluso en aquellos pacientes, reticentes a reconocer la afectividad y fantasía, el afecto opera y estimula el aparato, más allá del saber consciente. El afecto, en pacientes llamados alexitímicos, a pesar que puede encontrarse inervado somáticamente, se halla escindido de su dimensión dinámica, histórica, y por lo tanto, incapacitado de su completa descarga, ya que en parte, seguirá ligado a representaciones sustitutivas, conservando sin embargo su intensidad en el aparato. Es por esto que el trabajo de historización e implicación es esquivo, aunque central; existiría un registro ajeno a la conciencia donde el afecto seguiría operando como fenómeno subjetivo y no solo como fenómeno somático.

El trabajo crítico y reflexivo respecto del afecto abre puertas que motivan la discusión teórica para comprender el fenómeno, pero también otorga lineamientos que permiten poner en cuestión nuestra forma de comprender y enfrentar la práctica clínica con pacientes diversos. Así, ponemos hincapié en la dificultad de generalizar procesos estandarizados, y la importancia del esfuerzo ideográfico por rescatar la individualidad histórica de cada paciente y, de cierta forma, de cada dupla terapéutica. Lo que se genera ahí, en cada experiencia analítica, involucra al máximo las particularidades de los implicados, destacando en tal labor reconstructiva la unicidad de la historia. Como manifestación primordial de lo subjetivo, el afecto es un referente privilegiado en tal labor historizante.

REFERENCIAS

1. Darwin C (1989). *El Origen del Hombre*. Julián Aguirre (trad.) (1ª ed. edición). Madrid: Edaf (Trabajo original publicado en 1872)
2. Freud S (2013). *Studien über Hysterie*. Im *Gesammelte Werke: Sigmund Freud* (Bd. 1, S. 163-183). Norderstedt, Germany: Verlag Grin Verlag GmbH. (Originalveröffentlichung in 1893-1895 veröffentlicht)
3. Freud S (1991). *Estudios sobre la histeria*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 2, pp. 1-315). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1893-1895)
4. Freud S (1991). *Las neuropsicosis de defensa* (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y de ciertas psicosis alucinatorias). En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 3, pp. 41-60). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1894)
5. Freud S (1991). *La interpretación de los sueños*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 5, pp. 345-700). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900)
6. Freud S (1991). *Lo inconsciente*. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas: Sigmund Freud* (Vol. 14, pp. 152-213). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915)

7. Freud S (1991). Conferencias de introducción al psicoanálisis: 25ª conferencia. La angustia. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 16, pp. 357-374). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917)
8. Freud S (1991). Inhibición, síntoma y angustia. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 20, pp. 71-174). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926)
9. Freud S (1991). Proyecto de psicología para neurólogos. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). Obras completas: Sigmund Freud (Vol. 1, pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950)
10. Otero J (1999). Alexitimia, una revisión, en Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq., 1999, vol. XIX, nº 72, pp. 587-596
11. Krystal H (1982). Alexithymia and the effectiveness of psychoanalytic treatment. *International Journal of Psychoanalytic Psychotherapy*, 9, 353-378
12. Sifneos PE (1973). The Prevalence of 'Alexithymic' Characteristics in Psychosomatic Patients. *Psychotherapy and Psychosomatics*, 22, 255-262
13. Subic-Wrana C (2011). Emotion Regulation and Mentalization in Somatoform Disorders. In I. Nyklíček, A. Vingerhoets & M. Zeelenberg (Eds.), *Emotion Regulation and Well-Being* (pp. 245-260). New York: Springer
14. Taylor GJ, Bagby RM, Parker JDA (1997). Disorders of affect regulation: Alexithymia in medical and psychiatric illness. Cambridge UK: Cambridge University Press